

Vida de
Braulio Pérez Marcio

Fundador de
La Voz de la Esperanza



De incrédulo a
campeón del evangelio

Milton Peverini García



Pacific Press® Publishing Association
Nampa, Idaho
Oshawa, Ontario, Canada
www.pacificpress.com

RECONOCIMIENTOS

Algunos de los muchos que conocieron al fundador de *La Voz de la Esperanza*, y que admiraron la calidad de su espíritu y su fecundo ministerio, han sido indescriptiblemente generosos. Han compartido con este autor informaciones y testimonios invalorable. A los tales, en verdad, corresponde en gran medida la autoría de este libro.

En forma especial deseamos reconocer el material recibido desde España por gentileza del pastor Vicente Cháfer Calabuig, emisario de fotos y datos facilitados mayormente por María Isabel Hernández Sandin y Felipa Rodríguez Marin, familiares de nuestro biografiado.

Sobre Braulio y su familia, fueron muy valiosas las informaciones y fotografías compartidas por su sobrino, el profesor Raúl A. Pérez. ¿Y qué diremos en cuanto al apoyo otorgado por Eunice Isabel y Rolando Ariel, los hijos del amado Braulio? Fue muy inspirador. Además, sus comentarios y el material fotográfico que brindaron enriquecieron de veras este libro. Subrayemos que las singulares *Notas Biográficas* de Doña Felisa llegaron a nuestras manos por bondad de su hija.

Por su innegable valor, queremos reconocer el material publicitario e informativo facilitado por *La Voz de la Esperanza*, y asimismo las referencias históricas y las fotografías obtenidas por *The Voice of Prophecy*. Respecto a estas últimas, destacamos la cortesía de Aurora Nestares al ceder varias de ellas. Fotos e informaciones únicas nos fueron compartidas generosamente por Wayne Hooper. Además pudimos “conocer” mucho de Braulio el estudiante, por bondad de Adela de Rhys, quien nos facilitó su colección de *La Voz del Colegio*, órgano estudiantil del Colegio Adventista del Plata.

Tres agradecimientos que no podemos omitir: Al director de *La Voz de la Esperanza*, el Dr. Frank González, quien nos extendió el pedido para escribir este libro. Al pastor Armando Miranda, quien por medio del testimonio que aparece en la contratapa describió el rol decisivo que el Dr. Braulio Pérez Marcio y su ministerio tuvieron en su vida. Y a mi querido hermano Tulio, quien en este proyecto volcó su reconocida experiencia editorial, haciendo una muy cuidadosa lectura de su contenido.

Por último, necesito decir con entrañable gratitud que la vida de Eunice y las de nuestros tres hijos han estado íntimamente identificadas durante 37 años con las luchas y los sueños de *La Voz de la Esperanza*... y que la persona de su fundador siempre tuvo un lugar preferido en nuestra familia. Quie-

RECONOCIMIENTOS

ro agregar, de un modo especial, que este libro brota del corazón de mi esposa y del mío con amor y fuerza incontenibles. Sobre todas las cosas agradezco a Dios que nos guió en la preparación de este libro, y confío que por gracia divina toque el corazón de los lectores.

Milton Peverini García

A LOS LECTORES

Cada vida humana es sagrada, no sólo por el valor intrínseco de una criatura, sino por su conexión inevitable con el Creador de la vida. Cada persona es un libro abierto que refleja la riqueza y complejidad de un ser inteligente que a través de sus decisiones cotidianas forja su destino. En un sentido amplio, cada persona merece una biografía. En un sentido particular, la vida de una persona como Braulio Pérez Marcio contiene lecciones tan profundas de fe y dignidad humana que no sólo merece, sino que debe ser contada para el bien de las generaciones posteriores.

La labor de redactar la trayectoria del Dr. Pérez Marcio recayó en una persona sumamente calificada. El pastor y doctor Milton Peverini García fue orador asociado de *La Voz de la Esperanza* y durante tres años (1971-1973) compartió el micrófono con el Dr. Braulio Pérez Marcio. En 1974 sucedió a éste como director y orador de *La Voz de la Esperanza*, lo que hizo durante 24 años.

En junio de 2004, el pastor Milton Peverini García recibió un pedido de parte de *La Voz de la Esperanza* de plasmar en papel la vida del fundador del programa. Durante dos años hizo el trabajo arduo de investigar y recoger datos personales y profesionales del biografiado, y terminó el manuscrito a fines de 2006. El resultado ha sido una obra magnífica de detalle y síntesis, un libro que trasunta la personalidad del pastor Pérez Marcio en todos sus matices, y que lo sitúa en el contexto del maravilloso ministerio que inició y que continúa esparciendo generosamente su mensaje de fe.

El Dr. Peverini hace algo más. Al recorrer el velo de la vida de un gran hombre como Braulio Pérez Marcio, nos muestra la obra silenciosa y poderosa del Espíritu Santo. A través de la experiencia de un joven incrédulo transformado en un campeón del evangelio, aprendemos a confiar en que Dios también tiene un plan para nuestra vida. Y que en las manos de ese Dios, cualquiera de nosotros puede hacer una gran obra por la humanidad y para su gloria.

Dr. Miguel A. Valdivia

Director Editorial

Publicaciones Internacionales, Pacific Press

CONTENIDO

Dedicatoria	3
Reconocimientos	4
A los lectores	6
Contenido	7
Prefacio	9
El punto de partida	12

I. Luchas y triunfos de un hijo de inmigrantes

1. Sucedió en España	17
2. En Buenos Aires: Adversidades y una gran victoria	21
3. Alumno en la “escuela de oportunidades”	27
4. El encuentro con la mujer que amó	33
5. En pos de un ideal: “ <i>Excelsior</i> ”	39

II. Al servicio del Señor

6. Llamado a ser preceptor y educador	44
7. Hacia América Central y Panamá	50
8. Al llegar a Cuba, la Perla del Caribe	55

III. La misión suprema de Braulio Pérez Marcio

9. “ <i>Vi otro ángel, que volaba en medio del cielo...</i> ”	60
10. Escogido para predicar “en alta voz”	65
11. <i>La Voz de la Profecía, La Voz de la Esperanza</i>	70
12. Secretos de un gran comunicador	75

IV. Al compás de cánticos celestes

13. “Los gringos pueden cantar en español”	81
14. Braulio y sus artistas sirven al mundo hispano	85
15. Muchos recibieron esperanza y alegría	90

V. ¿Cómo penetraron las verdades inspiradas?

16. Palabras con poder	97
17. ¿Cómo tomar la pluma?	103
18. Una escuela gigante y “los carteros misioneros”	108

VI. Apreciado por los demás y protegido por Dios

19. Viajes con sorpresas, riesgos y algo más.	116
20. Imposible olvidarlo.	122
Sección de fotografías.	129
21. Distinción que honra al mundo hispano	162

VII. Cinco países entrelazados con su vida

22. Ese terruño vibrante llamado Argentina	169
23. Cuba, la isla añorada	175
24. La Madre Patria, España	181
25. Bajo el sol de tierra azteca.	187
26. Estados Unidos, fuente impulsora de su ministerio.	193

VIII. Braulio, visto de cerca

27. El regalo de la amistad	202
28. Eran como hermanos	208
29. Un enamorado de la familia.	214

IX. Perseveró y llegó a la meta victoriosamente

30. Junto a un gran maestro	222
31. Desde enero de 1974 hasta el día menos esperado	229
32. Una gran reunión en memoria	234
33. Fue un bienaventurado.	240

X. El bendito ministerio continúa

34. No se detengan.	245
35. En sus huellas.	250
36. <i>¡Firmes y Adelante!</i>	257
37. ¿Qué nos diría Braulio...?	265

Tributo: “Lo admiré sin conocerlo”	271
Poesías escogidas	275
<i>Siervos de Dios, la trompeta tocad.</i>	285

PREFACIO

En este año (2007) *La Voz de la Esperanza* celebra su 65° aniversario. Y existen sobrados motivos para alabar a Dios. El alcance y la dinámica actual de este ministerio sobrepasan las expectativas más optimistas. Por medio de 1.300 emisoras esparcidas por 35 países, la población hispanohablante puede oír semanalmente sus mensajes radiofónicos. Además, la *Red Internacional La Voz de la Esperanza* difunde el programa diariamente. Gracias a Internet, los servicios de *La Voz* pueden ser leídos y escuchados en www.lavoz.org. Miles de estudiantes reciben las Guías de estudio de los diferentes cursos. Y desde octubre de 2004 la institución comenzó a producir el programa de televisión *Descubra*, que hoy puede verse a través de tres cadenas internacionales.

La respuesta actual del público a cada aspecto del programa es admirable. El Señor bendice la serie de reuniones que dirige en diferentes países el director y orador del programa, el Dr. Frank González; miles de personas pueden disfrutar estas presentaciones, pues son retransmitidas en vivo por televisión. Y las promesas de la Escritura nos aseguran que este ministerio y la iglesia de Dios en todo el mundo seguirán compartiendo en forma fructífera la paz y el amor divinos a la turbada generación de este naciente siglo XXI.

Una visión del pasado es importante

Lo mencionado en los párrafos previos no descarta la importancia que tiene el pasado para poder evaluar el presente y vislumbrar el futuro con acierto. ¿Acaso la esperanza del advenimiento glorioso de Cristo no se apoya en la obra redentora que él aseguró por medio de su muerte y su resurrección?

Sin ninguna duda, la trayectoria y las expectativas del programa *La Voz de la Esperanza* se iluminan al conocer su pasado. En particular deseamos y debemos valorar la vida de Braulio Pérez Marcio. Él no sólo fue usado por Dios en 1942 para ser el fundador del programa que se conocería mundialmente como *La Voz de la Esperanza*. A semejanza de grandes hombres, nuestro biografiado fue un motivo de inspiración para mucha gente. De un joven escéptico y rebelde, que conoció junto a sus padres la pobreza y el drama del dolor, por la gracia divina fue transformado en un cristiano que vivió de un modo ejemplar.

Un justo tributo de gratitud

Como es de imaginar, una de las motivaciones primordiales de este ensa-

yo biográfico es la gratitud. Deseamos interpretar el sentir de familiares, amigos, compañeros de tareas, pastores colegas, los radioyentes de sus mensajes radiofónicos, los que lo tuvieron como profesor en diversas instituciones educativas, y tantos otros que lo recuerdan con afecto.

Con todo acierto se ha dicho que son bienaventurados los pueblos y las personas que recuerdan a quienes fueron abriendo la brecha para las futuras generaciones. Por eso, a nuestro parecer, estas páginas constituyen un acto de justicia.

Cuando se inició la deliberación sobre este proyecto, el Dr. Frank González me dijo lo siguiente: “Existe un vacío en la historia de *La Voz de la Esperanza*. Me refiero a una biografía de su fundador, el Dr. Braulio Pérez Marcio. Y creo que usted es la persona indicada para escribirla”. Por un instante no respondí; luego comenté: “Esto constituye un inmenso desafío”. Pero en el nombre de Dios, acepté ese sagrado privilegio y responsabilidad. Confiamos que este libro destaque la proyección de la vida y el ministerio de nuestro personaje, así como su personalidad amable y optimista.

Un líder con visión

No dudo que nuestra institución, y por extensión la Iglesia Adventista del Séptimo Día que gozó de su servicio abnegado, considera a nuestro biografiado como uno de sus líderes visionarios. Fue el fundador del programa internacional *La Voz de la Esperanza* y su director durante más de treinta años. Por ese motivo llegó a ser en el mundo hispano el padre de la transmisión del evangelio a través de los medios de comunicación masiva. Fue un auténtico pionero. Este hecho y sus dotes como poeta y escritor tuvieron gran repercusión. La sagrada tarea de alcanzar el corazón y la mente de multitudes fue su obra ciclópica. Demandó lo mejor de sí mismo y la constante ayuda del Altísimo.

Anhelo que para los que no conocieron a este hombre dotado con la manifiesta capacidad de pensar y actuar como un verdadero cristiano, esta obra les resulte verdaderamente inspiradora. Una vida bien vivida no debe quedar sepultada. Las nuevas generaciones tienen derecho a beneficiarse con ella.

Una vida que impacta

Mientras repasaba la vida de Braulio Pérez Marcio, me volvió a impactar que ese hombre nacido en un pequeño pueblito de España, llegó a ser el embajador del Rey de los cielos en numerosos países y ciudades de este mun-

PREFACIO

do. Creo que nunca sus padres pensaron cuando lo bautizaron con el nombre de Braulio, que dicho nombre sería repetido con admiración y afecto por centenares de miles de personas. Quienes tuvimos el placer de conocerlo sabemos que aunque era de baja estatura, resultó ser un gigante espiritual. Era un hombre sabio y humilde. Si bien poseía un sentido de humor muy refinado, sus labios proclamaban con solemnidad oraciones y mensajes que elevaban a la misma presencia de Dios.

Es verdad, mi amable lector y lectora, que el prohombre respecto a quien gira este libro falleció hace años; descansa el sueño de los justos. Sin embargo, en cierto sentido sigue viviendo. Sus obras le siguen.

Con respeto y humildad ante el Todopoderoso y ante ustedes, mis amables lectores, los invito a leer esta obra que ha sido escrita con sincero afecto. Ha sido escrita, además, con la convicción de que Dios escogió a Braulio Pérez Marcio para cumplir una gran misión, y que él pudo realizarla porque a su vez escogió a Dios sin reserva.

Espero y deseo que al leer las páginas que siguen podamos revalorar lo que el Señor puede y quiere hacer con todos los que se rinden por completo a él y a su servicio. Muy sinceramente,

EL AUTOR

EL PUNTO DE PARTIDA

*Era el viernes 6 de febrero de 1959. Se estaban cumpliendo los primeros trece días de un extenso recorrido. El profesor Braulio Pérez Marcio y uno de los miembros del cuarteto Los Heraldos del Rey conversaban animadamente en el asiento de atrás del vehículo. De pronto, dicho cantante preguntó: “Pastor Pérez, ¿usted siempre ha sido un creyente?” Y Braulio respondió: “No, Bob... a pesar de la fe religiosa que profesaban mis padres, quienes emigraron de España a la Argentina, yo no siempre fui un creyente”.**

Y en ese momento, el pastor Pérez se reclinó hacia atrás, y sus ojos contemplaron fijamente la oscuridad. En su imaginación estaba retrocediendo a 1921, cuando tenía 17 años de edad y gozaba de una salud a toda prueba. Fue en ese tiempo que su vida se volvió complicada, de tal modo que le costaba dormir.

¿Qué había sucedido? Según él, todo empezó cuando cierta mañana aquellos vecinos “raros” invitaron a su madre a que los acompañara a su lugar de culto. Antes de eso, todo andaba bien. Muy ocasionalmente su familia asistía a su iglesia acostumbrada con motivo de algún casamiento o bautismo, y esto parecía ser suficiente religión para Braulio. ¿Qué sentido tenía ir a esa otra iglesia?

Consuelo en el dolor

Aunque para él no tenía sentido, el sentimiento de su madre y aun el de sus hermanos menores, Esmeraldo y Manuel, era diferente. Esos vecinos —las familias Oppegard y William— se habían acercado con mucha bondad al hogar de los Pérez cuando la hija menor de ellos enfermó gravemente de meningitis, falleciendo poco después con sólo seis años de edad.

Hacía poco que había ocurrido eso, y la ausencia de la pequeña había abierto heridas sin cicatrizar aún en los corazones de todos los miembros de la familia. Ese hogar parecía vacío sin aquella criaturita que corría de una pieza a otra...

La madre parecía haber encontrado consuelo en las promesas de la Palabra de Dios compartidas por sus vecinos. Ella atesoraba en su corazón las promesas de la gloriosa segunda venida de Cristo y la bendita resurrección de los fieles. Su corazón se empezó a llenar con la esperanza de que volvería a ver a su querida hijita Isabel.

Por eso aceptó con gusto la invitación extendida por sus vecinos, y quiso

además que fuese Braulio. Pero éste se negó a ir. “Nada de fanatismo religioso”, pensó Braulio. Además, él tenía que jugar fútbol con su equipo esa mañana. La madre no insistió; así era ella. Con todo, al salir preguntó con suavidad: “Braulio, ¿estás seguro que no quieres ir esta mañana con nosotros?”

“Así es, estoy seguro mamá —dijo Braulio—. Tal vez vaya la próxima vez”. Y dijo esto sin pensar que así ocurriría. Eso sí, al ver salir a su madre seguida por sus hermanos, se sintió mal por el desaire que le había hecho.

La madre disfrutó esa reunión, y siguió asistiendo una y otra vez. En esta nueva iglesia ubicada en un barrio de Buenos Aires llamado Florida, se daba mucha importancia al estudio de la Biblia. Los asistentes creían que lo que estaba escrito en las Sagradas Escrituras era la verdad, y ni por un instante aceptaban ideas que no se encontraran en sus páginas.

Evidentemente, en esas reuniones, la madre de Braulio estaba experimentando una nueva relación con Dios. Su rostro reflejaba fortaleza y paz interior. Y Braulio lo podía notar. Pero a pesar de eso estaba resentido con los nuevos amigos de su madre y la devoción que profesaban. Ellos frecuentemente lo invitaban para que fuese a un culto de oración o a la reunión de jóvenes que se realizaba en la iglesia.

Lucha entre la mente y el corazón

Por fin, Braulio se dijo a sí mismo: “Tendré que hallar alguna manera de terminar con todo esto de una vez por todas. Tal vez, si voy aunque sea una vez, me dejarán en paz”. Y cierto viernes, al regresar de su trabajo, la madre lo recibió en la puerta y le dijo: “Braulio, ¿podrías acompañar a Esmeraldo y a Manuel esta noche? Me preocupa que vayan solos hasta la iglesia”.

“Está bien —respondió Braulio—, voy a ir con ellos esta noche para ‘protegerlos’”. Lo cierto es que ahora él mismo deseaba ir. Quería demostrarse a sí mismo que esa religión era simple fanatismo y que carecía de toda base.

La reunión ya había comenzado cuando llegaron los tres muchachos. Se sentaron y Braulio se volvió “todo oídos”.

Quien dirigía la reunión era el pastor Luis Rojas Ayala, y estaba presentando al orador de esa noche. ¿Cuál era su nombre? Marcelo I. Fayard, quien tenía entonces 27 años de edad pero ya era reconocido como un buen escritor. Braulio se acomodó y sacó de su bolsillo un cuadernito para escribir algunas notas. El orador invitado empezó a hablar. Y resultó muy evidente que no era un novicio; parecía saber bien de lo que estaba hablando. Minu-

tos después Braulio cerró cuidadosamente su cuadernito y lo guardó en su bolsillo. Antes de que pudiese darse cuenta, el señor Fayard se sentó y un joven anunció el himno de despedida.

Mientras regresaba a su hogar esa noche, Braulio caminaba en silencio. ¡Qué sorpresa había tenido! El señor Fayard sabía pensar. No era un predicador fanático y gritón. “Me gustaría oírlo otra vez”, se dijo Braulio a sí mismo.

Al entrar en su casa, su madre le preguntó: “Braulio, ¿te gustó la reunión?” Aparentando indiferencia, Braulio contestó: “Oh, mamá, si te gustan esas cosas, puedo decir que estuvo bien”. Pero Braulio dejó pasar varias semanas antes de volver a asistir. Cuando lo hizo, descubrió —casi sin quererlo— que realmente le gustaba lo que estaba aprendiendo.

El pastor lo invita a su casa

Varias semanas más tarde, el experimentado pastor de 38 años de edad se le acercó una noche y le dijo: “Braulio, yo estaría muy contento si usted pudiera venir a mi casa en alguna ocasión. Podríamos conversar y estudiar la Biblia juntos; ¿cree que podría hacerlo?”

En principio, Braulio aceptó; pero fue el pastor quien en forma específica lo invitó a reunirse en su casa el siguiente lunes por la noche. Y allí prometió estar Braulio. Pero al llegar a la casa del pastor, Braulio ya había formulado su plan de batalla. Reconocía su ignorancia acerca de la Biblia, pero era un joven estudioso, que leía mucho y que creía tener una correcta filosofía de la vida. Y se propuso mostrar a este hombre mayor algunas cosas. En forma habilidosa desvió la conversación de los asuntos bíblicos, para entrar en el terreno filosófico. Al concluir “el estudio bíblico”, prácticamente no se había hecho ningún progreso.

“¿Qué tal, Braulio, si nos vemos el próximo lunes?”, dijo el pastor cuando se despedían.

“Si así lo desea, será con todo gusto, señor”, respondió Braulio entusiasmado. Él sentía que en esa noche la victoria había sido suya.

Aguardó con real expectativa el estudio de la siguiente semana; pero al entrar a la sala del pastor aquella noche, se sorprendió al ver que a su lado había otra persona. Y sin demora, el pastor dijo: “Braulio, deseo presentarle a un amigo mío, el pastor Marcelo I. Fayard”.

“Otra vez Fayard... el combate de esta noche va a ser más difícil”, pensó Braulio. Pero en alta voz dijo: “Es un placer saludarlo, señor Fayard”.

Comenzó el estudio, pero de una u otra forma tampoco se llegó muy

lejos esa noche. Y esos encuentros del joven Braulio con los dos hombres mayores continuaron varias veces más. En verdad, no era fácil ponerse de acuerdo. Los “estudios bíblicos” se habían convertido en verdaderos enfrentamientos.

Por fin, una noche cuando Braulio se preparaba para despedirse, el pastor Rojas Ayala dijo: “Hemos dedicado mucho tiempo a conversar y discutir algunos puntos. Ahora debemos orar. Nos arrodillaremos y oraremos los tres. Primero yo, luego el señor Fayard, y usted, Braulio, va a orar para terminar”.

“¡No, no! Yo no puedo orar. Yo no sé cómo orar”, dijo Braulio balbuceando.

“No importa, Dios lo ayudará. Oremos...”, dijo el pastor con firmeza.

Los dos hombres mayores se arrodillaron, y el respetado pastor comenzó a orar. En forma silenciosa, Braulio cayó sobre sus rodillas. El pastor Rojas Ayala le habló a Dios como si fuese un amigo, un querido amigo con quien él hablaba cada día. Entonces el pastor Fayard oró. Cuando terminó, Braulio estaba temblando. Ahora le tocaba orar a él, pero ¿cómo podría hacerlo? Jamás lo había hecho antes. Además, sus ideas... su filosofía... su rebeldía... ¿Qué podía decir él al orar? ¿No podría hacerlo alguna otra persona en su lugar?

Los dos pastores permanecían esperando de rodillas... y en su indecisión, Braulio parecía agonizar.

De pronto, ese joven comenzó a orar. No fue una oración pulida. En verdad, apenas se podían oír sus palabras. Pero sin duda, los ángeles del cielo aquietaron sus voces y plegaron reverentemente sus alas... y el Padre celestial se inclinó para escuchar esa oración.

Cuando se levantaron de sus rodillas, Braulio estaba quebrantado. Se sentía otra persona. De su ser había desaparecido todo espíritu de lucha. Su oposición a Dios y al mensaje de su Palabra había terminado. Un gran cambio se había realizado en su vida. Aunque Braulio había sido vencido, un sentimiento de felicidad sobrenatural inundaba su corazón.

Sin aguardar otra palabra más, se dio vuelta y se alejó de la casa del pastor. Afuera, en medio de la brisa nocturna, se sentía impulsado a saltar y gritar. Braulio empezó a correr. Cuadra tras cuadra, siguió corriendo todo el camino desde la casa del pastor hasta su hogar. Jadeando, con gran esfuerzo empujó la puerta de entrada, y de un solo salto superó el umbral de la casa.

“¡Mamá! —gritó—. ¡Mamá, yo soy cristiano y me voy a bautizar!”

Lágrimas de alegría corrieron por las mejillas de su madre cuando ella y

los demás miembros de la familia comprendieron que en la mente de Braulio se había producido un milagro, y que ahora era un joven que había rendido su corazón a Dios.

Meses después de esa noche memorable, Braulio, juntamente con su padre, fueron los primeros de la familia en testificar de su amor a Cristo y su iglesia por medio del bautismo.

¿Qué hubiera sido de la vida de ese joven llamado Braulio si hubiese persistido en resistir la persuasiva voz del Espíritu Santo? ¿Qué hubiera sido de él si hubiese sido insensible a la ternura cristiana manifestada por su madre? Creo que este libro, con todo lo que representa, no se hubiera podido escribir. Felizmente, en el joven que hoy multitudes conocen como Braulio Pérez Marcio tuvo lugar por la gracia divina un encuentro maravilloso con Cristo. Ése fue el punto de partida que explica todo lo demás.

* En gran medida, aquí se transcribe lo que Braulio Pérez Marcio le comentó a Robert E. Edwards, y que éste reprodujo en su libro *South of the Border*.

Sección I

Luchas y triunfos de un hijo de inmigrantes



Capítulo 1

SUCEDIÓ EN ESPAÑA

Sería imposible enumerar y aun recordar todo lo que sucedió en España en siglos pasados. Este país, hacedor de tantas hazañas, fue el escenario donde prosperó una cultura invalorable. En gran medida, esto influyó para que muchos de sus prohombres —tras el épico descubrimiento de América— se lanzaran al Nuevo Mundo y lo beneficiaran, entre otras cosas, con el extraordinario aporte de un nuevo idioma, que se generalizó en todo el continente.

Una contribución trascendente

¿Qué más sucedió en España?

Se trata de un hecho que no figura en ninguna enciclopedia o libro de historia universal, pero para “nuestra historia” es relevante. Salvando todas las proporciones, nos atrevemos a decir que en su momento redundó en favor de todo el mundo hispanohablante. El 28 de septiembre de 1875 nació en el pequeño pueblo de Morille, provincia de Salamanca, Manuel Francisco Pérez, quien a su vez sería el padre del protagonista de nuestro relato.

Aunque Juan Francisco Pérez y Catalina Rodríguez, a saber, los padres de Manuel Francisco, vivían a unos 18 kilómetros de la reconocida ciudad de Salamanca, estaban asimilados a la pobreza de la zona rural de su comarca. Según lo declaró ese hijo de adulto, su familia era de escasísimos recursos, como casi todas las de su pueblo. Con seguridad, desde su niñez su carácter se fue plasmando con la perseverancia y vitalidad propias del campesino español. Sabemos, además, que cursó los estudios primarios según los planes de estudio de esa época y de acuerdo a lo que podía ofrecer un pueblo perdido en esa provincia salmantina.

Año 1895. Momento crucial en la vida de Manuel Francisco, quien poco antes de cumplir los 20 años de edad fue reclutado para cumplir el servicio militar obligatorio. Al hacerlo, por disposiciones del ejército debía optar por uno de sus dos nombres: su decisión fue usar sólo el nombre de Manuel. Y este joven soldado fue enviado a Cuba para luchar en una guerra cruenta en nombre de su país, que a toda costa quería retener su dominio sobre esa envidiable isla del Caribe.

Previamente, en la denominada Guerra de los Diez Años, que se extendió desde 1868 a 1878, habían muerto unos 200.000 soldados, sumando las bajas del ejército español y las de los revolucionarios cubanos. Al terminar dicha guerra surgieron diversas propuestas de entendimiento entre ambos países. Se logró una corta amnistía que duró precisamente hasta 1895. Y en ese año, España inició un enfrentamiento a muerte contra Cuba, enviando un poderoso ejército de 200.000 tropas. Como es sabido, en diciembre de 1898 intervino Estados Unidos y el gobierno de España cesó su dominio sobre Cuba el 1º de enero de 1899.

¿Qué en cuánto a Manuel? Durante la guerra fue ascendido a cabo. Pero como le mencionara posteriormente a su nieto Raúl Pérez,¹ aún estando en suelo cubano sirviendo a su patria, él quería que Cuba fuese un país independiente. Probablemente se empapó con los ideales del notable pensador, escritor y poeta cubano José Martí, quien murió en el campo de batalla en 1895 cuando sólo tenía 42 años de edad. De muchos modos este visionario se había entregado por completo a la causa de la independencia de su patria.

Tiempo después de regresar a España se produjo el encuentro de Manuel con Camila Marcio, hija de Felipe Marcio e Isabel Hernández. Camila había nacido el 11 de agosto de 1878 en una pequeña población de la provincia de Salamanca cercana a Portugal, denominada Villarino de los Aires. Aunque su educación formal se había reducido a dos años de la escuela primaria, manifestó desde su juventud una clara vocación religiosa y una delicada sensibilidad.

Nace Braulio Francisco

Manuel y Camila se conocieron en el casamiento de Gaspar Pérez Rodríguez, hermano de Manuel. ¿Con quién se casó éste? Pues con una hermana de Camila. Desde ese momento la amistad de Manuel y Camila se profundizó. Y llegó el 15 de noviembre de 1902, cuando Manuel Pérez Rodríguez y Camila Marcio Hernández unieron sus vidas en matrimonio en la única

iglesia de Morille, la Iglesia Católica de El Salvador. Él tenía 27 años y ella 24. Casi 16 meses después de este hecho tan significativo, el hogar de Manuel y Camila se regocijó con la llegada del hijo primogénito. Nació el 26 de marzo de 1904 y recibió el nombre de Braulio Francisco. Sin saberlo, sus padres estaban contemplando en esa hora al personaje central de nuestra historia: Braulio Pérez Marcio.

Aunque Don Manuel era por entonces un agnóstico confeso, comprendió los sentimientos de su esposa y asimismo las tradiciones religiosas del lugar; dispuso, entonces, que el recién nacido Braulio fuera bautizado en la Iglesia de El Salvador. Y en este hogar bendecido con la presencia de un hijo, Camila cumplía con toda devoción su rol de esposa y madre, en tanto que Manuel se constituyó en el fiel proveedor de las necesidades de los suyos.

Rumbo a una tierra de promisión

Se sucedieron, entonces, algunos hechos que en definitiva determinaron un cambio radical en el rumbo de esa familia. En su momento, sus integrantes decidieron dejar de vivir en España para trasladarse a la República Argentina, una tierra de promisión para miles de inmigrantes europeos.

Como la salud de Don Manuel se desmejoró visiblemente debido al pernicioso hábito que tenía de fumar, y como algunos de sus amigos eran asimismo fumadores, un médico le dijo que debía alejarse resueltamente de esa región. Por otra parte, las noticias sobre el bienestar material que disfrutaban algunos de los que desde España habían emigrado a la Argentina era un hecho muy conocido para Don Manuel. Y así se fue gestando en su mente la idea “del gran salto” sobre el océano. Quería, sin duda, que sus hijos gozaran de mejores posibilidades para educarse y trabajar con éxito.

A fines de 1906 o a principios de 1907, Manuel Pérez partió rumbo a la Argentina; pero viajó solo, dejando en Morille a su querido hijito Braulio y a su amada Camila. Ella se despidió de él con sentimientos encontrados, pues estaba gestando a quien sería el segundo hijo de la familia. Éste nació el 26 de mayo de 1907 y llevó el nombre de Felipe Esmeraldo. Por entonces, su padre ya estaba residiendo en lo que sería “la segunda patria” para él y para toda su familia.²

Siempre hubo inmigrantes decididos que se adelantaron como precursores de sus seres queridos, con el sueño de reunir en poco tiempo los recursos necesarios para que el núcleo familiar pudiera reencontrarse en su totalidad. Ésa también fue la experiencia de Don Manuel. Sin embargo, sus planes no se concretaron fácilmente. Tuvo que trabajar en tareas diversas. Trabajó du-

rante una temporada en la cosecha de cereales en la zona agrícola de Rosario, provincia de Santa Fe. Pero antes de poder financiar el viaje de su familia, se ocupó mayormente de representar a empresas importadoras de productos españoles, especialmente el azafrán, para abastecer los almacenes minoristas.

Por último, un paisano le prestó el dinero necesario para poder traer a su esposa y a sus dos hijos residentes todavía en la Madre Patria, lo que sucedió en 1908. Don Manuel seguía siendo un agnóstico. Años después, sin embargo, comprendería que todo lo que aconteció en España durante los primeros 32 años de su existencia, fue una manifestación maravillosa del amor de Dios.

La familia nuevamente unida

Y por fin, Camila y sus dos hijitos viajaron desde España a la Argentina. En el año de ese hecho trascendente, ella cumplió 30 años de edad; Braulio ya tenía cuatro años, y Felipe Esmeraldo era una criatura de apenas un año. Con este viaje se cristalizó para los tres el feliz encuentro con el jefe de la familia.

¿Qué futuro le estaba reservado a esta familia de españoles al radicarse en Argentina? Creo que ni siquiera por un momento los padres del hogar pudieron imaginar la inmensa puerta de oportunidades y bendiciones que se abriría para ellos y para sus dos hijos, particularmente para ese niño llamado Braulio.

Fuera de toda duda, un nuevo capítulo comenzó en Buenos Aires para Don Manuel y su familia. Les tocaría afrontar pruebas muy severas, pero alcanzarían una gran victoria.